

Candaya Narrativa, 44

EL AMOR ES MÁS FRÍO QUE LA MUERTE

Diseño de la colección: Francesc Fernández
Imagen de la portada: Ednodio Quintero

© Ednodio Quintero
Primera edición: abril de 2017

© Editorial Candaya S.L.
Camí de l'Arboçar, 4 - Les Gunyoles
08793 Avinyonet del Penedès (Barcelona)
candaya@candaya.com / www.candaya.com
facebook.com/edcandaya

BIC: FA
ISBN: 978-84-15934-38-7
Depósito Legal: B 7975-2017

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la previa autorización del editor.

EDNODIO QUINTERO

**EL AMOR ES MÁS FRÍO
QUE LA MUERTE**

EDITORIAL CANDAYA



para Leda, mi hija



Yo venía huyendo de la peste negra que se había ensañado en el aire, las aguas, los pastos, las bestias y la gente de mi país natal. Yo era un paria, un fugitivo, que no sabía qué hacer ni adónde ir. Pero el solo hecho de haberme alejado de aquella pestilencia me hacía sentir poderoso como un sanguinario rey, implacable como un chacal. Lúcido y despierto, llegué a orillas de una laguna que por una extraña razón, atribuible quizá a la fiebre persistente de la cual aún no me había podido librar, me resultaba familiar, y en una roca con forma de ataúd me senté a descansar. Por una arbitraria asociación de ideas recordé que hacía cinco años, cuando el destino me aventó hasta un lugar remoto, allá en las antípodas, una madrugada de abril, ebrio y desolado salí de un mítico antro ubicado en un sótano, el Bar Q, caminé dando tumbos por una amplia avenida surcada por los mensajeros del invierno nuclear, y al amanecer a orillas del río Meguro me senté a llorar. Pero en esta ocasión, cuando tuve conciencia del lugar donde me hallaba, íngrimo y solitario como el único sobreviviente de una horrible conflagración, las lágrimas no acudieron a brindarme ningún consuelo, mis párpados estaban secos como cascarones. Además, pues conviene que se sepa de una vez, no tenía motivo alguno para llorar. Yo era un apátrida, nada tenía que perder.

La travesía rumbo a las escarpadas y agrestes montañas de la Cordillera Occidental se había prolongado por cinco largas y penosas jornadas que pusieron a prueba mi paciencia de

santo y mi tenacidad de loco furioso. Y hube de extraer fuerzas de mi flaqueza para soportar el hambre, los rigores del sol de mediodía, la fatiga infinita y la sed. En el trayecto, como si alguien se hubiera propuesto mostrarme el catálogo de todas las miserias e iniquidades con alguna intención vil, fui testigo de eventos y espectáculos que me hicieron sentir vergüenza de pertenecer a la misma especie de aquellos desalmados que se hacían llamar humanos. Me abrí paso entre pandillas de menesterosos, asaltantes de caminos, guardias forestales, chicas vestidas para matar y traficantes de papel toilette —que se tasaba a precio de oro—, y logré pasar desapercibido gracias a la protección de algún bondadoso dios, como si hubiera sido ungido con el don de la invisibilidad. Y del silencio también, pues tuve la precaución de taponar mis oídos con mierda de perro y coser mis labios con alambres, y el ruido de mis pasos era amortiguado por una cubierta de cocuiza que protegía mis botas desgarradas.

Dormía al raso en el angustiante atardecer, y pasé largas noches en blanco satén aguardando la salida de la luna entre nubes encrespadas color salmón. Y los amaneceres, qué derroche de colores, todos los matices del rojo candela y el azul cobalto, oro, plata, verde malva, bermellón... esos cielos de mi país. Embelesado contemplaba el alba y el ocaso, indistintos como siameses teñidos de sangre.

Y al fin el quinto día, tal vez el séptimo, no puedo confiar en mi memoria inmediata, exhausto y magullado como si me hubieran propinado una soberana paliza, llegué a estos parajes áridos y fríos, extraños e imprecisos a primera vista, tan parecidos a ciertos lugares que he frecuentado en sueños, ubicados sin duda alguna en las desoladas y gélidas montañas de la luna.

A propósito del paisaje: con algo de espejismo engañoso en sus contornos, al observarlo con atención, como suelen

hacerlo los cazadores de gacelas cuando otean el horizonte en procura de la presa, voy descubriendo entre sus pliegues verde agua que viran hacia tonalidades más propias de la ceniza, semejantes a esa capa entre gris humo y azul sucio que cubre como un barniz las alas de los murciélagos, voy descubriendo, digo, restos deshilachados de vegetación, musgo aromático, arbustos rastreros e incluso un arbolito de corteza áspera y ramas sarmentosas donde anida una urraca. El conjunto, visto con la mirada de alguien que hace apenas una semana deliraba de fiebre en el hospital de una ciudad devastada por la peste, resulta de una belleza aterradora, semejante a la idea que nos hacemos en algún instante de nuestra infancia del paraíso terrenal. La impresión me deja sin aliento, y me hace dudar no tanto de mi propia cordura, algo que de verdad me tiene sin cuidado, sino de mi condición de ser vivo, pues ¿acaso no son estos parajes de apariencia encantada el escenario donde vagan las almas de los hombres muertos? Qué de extraño tendría entonces que yo hubiera muerto en el hospital o en algún otro lugar, y que mi alma, negando la evidencia, arrastrara consigo un simulacro de cuerpo. El trasunto de alguien que acaba de morir o algo así. Como si el espíritu no quisiera despojarse aún de esa especie de cofre de huesos, nervios y carne que lo acogió durante tantos años. Una aguda punzada en el costado izquierdo, que me hizo recordar el lanzazo que un soldado romano le clavó a Jesucristo cuando este ya crucificado y sin defensa alguna se debatía de dolor y lo atormentaba la sed, vino a interrumpir mis sombrías elucubraciones, y mi esperanza de haber franqueado la frontera rumbo al más allá se desvaneció como un mal sueño al despertar. También a mí la sed me hacía delirar.

Constatar que aún permanezco con vida es un evento que no me causa asombro ni alegría, ya me he ido resignando a esa miserable condición, Sin embargo, reconocer de un solo

golpe aquel sitio hechizado, como un ciego que de repente recupera la visión, me produce de entrada una sensación de pánico, imposible de soportar de no ser porque las variaciones de la luz que se suceden sin ninguna tregua me permiten ir fijando los contornos de los objetos, diferenciándolos entre sí, revelando sus aristas más ocultas, cartografiando, aunque esta expresión pareciera un poco exagerada, la disposición y el arreglo del conjunto en figuras ciertamente familiares. El arbolito donde anida la urraca, por ejemplo, estoy seguro de haber acampado un par de noches bajo su mezquina sombra hará ya más de cuarenta años. Era, recuerdo, nuestro árbol guía, el guardián que custodiaba nuestro sueño en la inmensa y lóbrega soledad nocturna. Recuerdo que, asomado a la pequeña ventana de la tienda de campaña, entretenía mi insomnio contemplando las ramas del arbolito proyectadas contra la inmensa bóveda del cielo, tan parecidas aquellas ramas color carbón mecidas por la ventisca a las manos de alguien que se ahoga mientras bracea inútilmente en las aguas encrespadas de un lago. Alguien podría objetar que ese arbusto no puede ser el mismo de hace cuarenta años, y quizá tenga razón, pero en mi memoria, que al fin y al cabo es la que cuenta, cumple idéntica función. Y aun cuando no se tratara del mismo, algún parentesco tendrá con su antecesor, al menos está ocupando su lugar. Y basta ya.

Pues sí, tales parajes me resultan cercanos y familiares como si me asomara al patio de mi casa solariega, de la cual a lo largo de una existencia dilatada no me hubiera separado jamás. Muerte, tiniebla, precariedad no han sido más que instancias transitorias que me han conducido siempre al lugar de partida. Con melancolía y resignación pienso que estos paisajes ilusorios los conozco como la palma de mi mano. Y no me extraña descubrir que eso que solemos llamar el subconsciente los haya elegido como refugio inexpugnable